

LOS NIÑOS PRODIGIO



OS "niños prodigio" se dividen en dos especies: aquellos que, como Mozart o Arturo Pomar, mantienen en la edad madura los méritos que les dieron fama en la niñez y aquellos otros de notoriedad efímera, que dan frenazo a su genio una vez concluida la etapa inicial de su vida.

Conviene distinguir también, en lo que concierne a la fauna de los "niños prodigio", aquellos dotados de facultades propias e intrínsecas de los que deben su condición a la tenacidad de la parentela, y que se asoman a la fama por las maniobras y manejos maternos. Ante ellos, propiamente, no se puede hablar de "niños prodigio", sino de "mamás prodigio".

Hemos conocido muchos casos de infantes de esa condición, absolutamente indotados; pero que, empujados por el afán de madres voluntariosas, se presentaban en los estrados con las mejillas sonrosadas de rubor, zarandeados por una batalla interior que les convertía en puros autómatas, mientras las madres y tías del robot exultaban de satisfacción entre los bastidores y en la platea. Debiera castigarse semejante atentado a las inclinaciones más respetables del niño; a semejantes falsos "niños prodigio" les asalta de pronto, cuando tienen ya treinta años, un afán de correr, de echar petardos en las verbenas, de zumbarse en las esquinas o de darle a una pelota en la plaza pública.

Muchos padres empujan subrepticamente a sus hijos predilectos a que digan versos ante las visitas de cumplido, con lo que los hijos aprenden a conocer todos los artilugios de la trampa y de la simulación. De vez en cuando leemos en los diarios o escuchamos por la radio que falta de su casa cierto chaval de doce años y al final se le pilló por las carteretas, con lo puesto, sin saber exactamente a dónde va. Simplemente intentaba escapar a su sino de "niño prodigio" y huir de la décima de Campoamor o de los rípios del "Dos de Mayo".

La mayoría de esos poetas prematuros, como la famosita Minou Drouet, se desvanecen luego entre las nieblas del anonimato. Muy pocos, por no decir que ninguno, emula las glorias de Valéry Rimbaud. La literatura, que es una maravilla experimental, repele a los prematuros. Según Rilke, la poesía es experiencia. ¿Cómo se puede hablar de las cosas sin haberlas vivido?

Lo más extraordinario en lo relativo a los "niños prodigio" es lo siguiente: que en general lo son para las capacidades más abstrusas y complejas de la actividad cerebral. No hay ninguna niña prodigio para lo que llamamos las tareas domésticas. No aparece ninguna Minerva del planchado con almidón o del zurcido a máquina. En cambio, abundan las pianistas, los jugadores de ajedrez, los portentosos de la matemática, los superdotados del violín. Los casos de Mozart y —salvando las distancias— de nuestro Arturo Pomar son característicos. Si escuchamos piezas del músico de Salzburgo, compuestas a los ocho y a los diez años de edad, nos asombramos de la prontitud y madurez de su arte, en la edad en que la sensibilidad y la inteligencia humanas están para otros lances y quebradas. ¿Y cómo era posible la capacidad de Arturito a esa misma edad para dar jaque mate a campeones hechos y derechos?

Sin embargo, la época se está poniendo mal para los "niños prodigio". La estampa de niños y niñas con cuello de fruncidos y bucles de tenaza, sonrosaditos y pálidos, que interpretaban el impronbu de Schubert en los fines de fiesta, ha debido ceder a las exigencias generacionales de la época. La niñez bien o mal ilustrada se encuentra en colisión con la adolescencia, en una fórmula de precocidad más sincera y veraz. "Non ho Petà per amari", dicen las muchachitas, a la edad misma en que los violinistas precoces, pero ya pasados, vestidos de terciopelo, intentaban en otro tiempo arrancar unos "piscicador" a su violín, sonrojados por el vello ya hombruno de sus pantorrillas, indiscretamente apuradas para el pantalón corto en los trajes de marinero. Y para parecer más hombres de una vez, los "fans" se anti-

pan con los "blue jans" a tapar sus piernas aún ralas o descuidan una pelambrea que disimule que todavía no tienen "Petà". Los "niños prodigio" eran una deformación mental y social que la adscripción de la adolescencia a la vida pública ha venido a derrotar definitivamente. En los tiempos de los "niños prodigio", la etapa más turbulenta y misteriosa de la existencia humana quedaba barrida y apartada, oculta en el calendario biológico, y la gente hablaba de ella y de sus funciones y fenómenos en voz baja, como si en el fondo del ser humano no ocurriera nada que pudiera ser considerado y dicho. Hoy no es así. Hoy es el tiempo de la aparición de los adolescentes a la superficie, de su reconocimiento público y oficial. Lo que significa que la sociología, la pedagogía y hasta, tal vez, el arte, tengan ganado en adelante un campo muy fértil y muy ancho. Prolongar la niñez beatamente era uno de los peores equívocos en que nos debatimos los nacidos en las primeras décadas del siglo. Yo tenía compañeros de estudio que estaban en casa sometidos a gelatinosos jarabes y melifluos algodones pero que, en cuanto trasponían la puerta del hogar, se encaminaban directamente a las tabernas, a los tugurios de billar en los arrabales y al hipócrita ejercicio del amor de tapadillo, en los locales señalados —signo de peligro entonces mortal— por una luz encarnada.

Yo creo que uno de los elementos que más ha contribuido a deshacer la leyenda de los "niños prodigio" fue aquel actor de cine llamado Mickey Rooney, el cual se casaba con Ava Gardner, mientras, a causa del retraso en la contratación, aquí todavía estábamos viendo de estreno algunas de sus cintas. ¡Con Ava Gardner, nada menos, para estupefacción de todos aquellos que aquí le estábamos riendo las gracias y que, a partir de entonces, mantuvimos nuestras lógicas reservas sobre el candor de la niñez y consideramos la precocidad infantil bajo un ángulo nuevo!

pablito, pablo... Quien haya sabido cruzar incólume la doble corriente de su propio tiempo individual y la del tiempo o la época colectivos, sin duda ha hecho un prodigio superior al que se hubiera derivado del éxito en la condición profesional, artística o creadora a la que aspiraba. Ahí es nada haber sobrevivido moralmente a los torbellinos que van de la infancia a la juventud y, sin dejar de ser un muchacho digno de este tiempo tornadizo e incierto, mantener la conciencia clara para afrontar un porvenir, dejando atrás las vanidades y solicitudes de una infancia halagada.

Este es el caso de Pablito Calvo, que es quien, con motivo de su aparición en las pantallas de la televisión y de cierta interviú celebrada con este motivo, nos ha refrescado la memoria y ha dado un ejemplo de sobriedad, de serenidad, en contraste con el espectáculo que a menudo ofrece la juventud de su edad ante unos discos de jazz o ante quienes lo interpretan.

Resulta que aquel niño conmovedor de "Marcelino pan y vino" no ha resultado malbaratado por la experiencia de la celebridad, que él sufrió a la temprana edad de cinco años; por el contrario, ha cruzado por ella con aptitudes e insensibilidades de fakir, como si caminara sobre fuego. Aquel niño de cinco o seis años, triunfador de un concurso con más de cinco mil coetáneos suyos, tiene hoy quince años, prefiriera pasar inadvertido, estudia quinto de Bachillerato y pretende ser, cuando le llegue la edad, ingeniero de Caminos. A tantos y tantas vedettes en cierne como pueblan el mundo de los ilusionados, les habrá resultado enojoso y sorprendente advertir ese desdén, el serio desdén de la gloria, por quien muy pequeño ya la había gustado. Muchos de ellos, que no se explican que el ser ingeniero tenga también su gloria —aunque oscura y silenciosa—, deben de considerar que Pablito ya "ha dejado de ser", en el sentido que a ellos les importa.

Nos agradó escucharle. Nos ha agradado comprobar que, bajo corrientes que a veces se ocultan, como el célebre río, vuelven a asomar a la superficie los valores imprescriptibles de un carácter, de una personalidad. Nos ha agradado descubrir que, como un símbolo de los muchachos de su tiempo, aquel Marcelino de la hermosa fábula de Sánchez Silva ha ido a hurtar de la alacena, sin que nadie le viera, en el transcurso de unos años maduros pero jóvenes, el pan difícil y humilde de la vida cotidiana.